

Confinamiento: más cárcel que nunca



Martin Iriberry (Pamplona, 1969), cumpliendo todas las normativas de salud pública, entra y sale de la cárcel de Martutene con asiduidad. El jesuita es el capellán de la prisión donostiarra en el que cumplen condena cerca de 200 personas.

¿Hay presas/os en la cárcel de Martutene enfermas/os de Coronavirus?

No hay, ni ha habido en todo el periodo presas/os en esa situación. Una muy buena noticia.

¿Se están tomando las medidas sanitarias necesarias?

La población reclusa, cuentan con mascarillas, guantes, jabones... y los propios internos están fumigando las instalaciones.

En Italia, ha habido motines en cárceles de Milán, Módena, Foggia... ¿Se pueden dar episodios parecidos en las cárceles españolas?

La Pastoral Penitenciaria no tiene constancia de ese tipo de hechos. El régimen del día a día se ha flexibilizado, es decir, las personas pueden permanecer más tiempo en sus celdas, lo mismo sucede con los horarios, ha bajado un poco el coste de las llamadas de teléfono... Las condiciones de vida se han flexibilizado un poco y eso ha ayudado que las personas estén más tranquilas.

Por otra parte, gracias a los medios de comunicación, las/os internas/os ven la gravedad de lo que está sucediendo fuera. Las presas/os lo están haciendo muy bien. Están demostrando una gran capacidad de aguante.

Pero, naturalmente, no hay visitas familiares, ni vis a vis, ni locutorios y apenas están en marcha los servicios de tratamiento... Estar durante el confinamiento en prisión supone estar en la cárcel más que nunca.

En el recinto penitenciario hay personas que arrastran diferentes patologías: salud mental...

Actualmente hay menos programas de intervención. El protocolo de salud pública ha reducido mucho su labor: la escuela, los tratamientos grupales, la labor de las ONGs... Pero, por otra parte, las/os propias/os internas/os se están cuidando más entre ellas/os. Es decir, que han tomado protagonismo en el cuidado.

La Escuela Para Adultas/os (EPA) sigue su curso.

Sí. La escuela funciona de lunes a viernes, en horario de mañana, con cursos muy completos de ESO, idiomas y alfabetización. Es una actividad muy popular en la prisión. Recibiendo las tareas por internet, las fotocopian, y las reparten entre las personas que acuden a la formación.

Si hay algo que anhela una/un presa/o, son las visitas. Ahora están suspendidas. ¿Un doble confinamiento?

Pese a poder comunicarse con sus familias, la incertidumbre se apodera de ellas/os.

No tener el encuentro cara a cara, obviamente les genera mucha frustración. A todas/os, el contacto con la familia nos hace mucho bien, y la cárcel de Martutene, por su ubicación en la ciudad, facilita mucho las visitas a los familiares.

Desde la Pastoral Penitenciaria estamos haciendo muchas llamadas para que las familias estén tranquilas y se sientan acompañadas. Aunque haya desaparecido la presencia del voluntariado en la cárcel, su labor se está centrando en el envío de cartas, en lograr televisores para algunas áreas de la prisión... Está habiendo mucha creatividad a la hora de acompañar a las/os reclusas/os. Seguimos repartiendo la hoja dominical, aunque no celebremos la Eucaristía: en el último número, el Obispo envió un mensaje.

¿Qué mensaje le gustaría trasladar desde la Pastoral Penitenciaria?

Aprovechando las ovaciones de las 20:00h, los aplausos tendrían que llegar a más ciudadanas/os. Personas en situación de exclusión, de calle, con problemas de salud mental, en cárcel... Habría que ampliar los aplausos y dirigirlas a todas ellas/os para poderlas/os arropar. Están demostrando una gran capacidad de resistencia, de cuidarse, de ayudar a personas en situación vulnerable.

Y por otra parte, deberíamos abuchearnos también a nosotras/os como colectivo humano. Tras la anterior crisis, no pusimos a las personas más débiles en el centro de la sociedad, y ahora nos estamos dando cuenta que seguimos igual. Tenemos que trabajar para ubicar a esas personas en el corazón de la sociedad.